

VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE LUISA ESTRADA (LECTURA DE "UNA HISTORIA MADRILEÑA" DE P. GARCÍA MONTALVO)

PASCUAL GARCÍA

Luisa Estrada recorre las calles de un Madrid tenebroso de posguerra como una buscona litúrgica que ofreciera su dádiva carnal a los menesterosos del cuerpo. He aquí el inicio del misterio, la puerta por la que forzosamente hemos de entrar los lectores de "Una historia madrileña" a la búsqueda de una revelación última y necesaria. Luisa Estrada oculta el secreto de su misericordia, como se oculta una vergüenza o un error incorregible. Los lectores de esta novela penetramos en el secreto de Luisa Estrada, en lo más oscuro y lóbrego de su espíritu, y cuando salimos de ella, al fin, nos sentimos liberados de una carga incómoda, como si volviéramos de un largo viaje por un país inhóspito.

Esta novela se publicó en la prestigiosa editorial catalana Seix Barral en 1988, y narra los pormenores íntimos de una aventura sentimental, el trayecto de un viaje al vacío, la peripecia de una mujer enfrentada a sus más profundas contradicciones y entregada a la misericordia de la carne como una prostituta bendecida por una divinidad espuria. Luisa Estrada pertenece, por tanto, a la estirpe de las grandes heroínas de la novela decimonónica, emparentada con Enma Bobary y Ana Karenina, excepto en los matices, singularmente escabrosos, de su tragedia. El personaje de "Una historia madrileña" trasciende su propio drama y lo eleva a la categoría de misterio, como si se tratara de una ceremonia religiosa. El error de Luisa no es de este mundo, y sus consecuencias no la atañen exclusivamente a ella. Su sacrificio es, al fin y pese a su ambigüedad manifiesta, un alarde portentoso de generosidad y de espíritu compasivo.

Pedro García Montalvo se adentra de nuevo en el enigma del alma femenina, como lo hiciera ya con Ángela de Yeste, el personaje de su anterior novela, "El intermediario". Especialista en los matices del espíritu, sus fábulas proponen una búsqueda metafísica, y sus personajes femeninos, dotados de una sensibilidad exquisita arrostran el inexcusable deber de evitar las trampas de un mundo sórdido, los continuos impedimentos y añagazas que el mal, encarnado en las tinieblas del alma y en el ambiente sofocante del Madrid de la posguerra, va procurándoles.



El novelista murciano maneja con soltura un espacio narrativo original: el encuentro de los opuestos éticos y estéticos; la caída de la verdad y de la belleza en el abismo de la desproporción y de la infamia. Luisa Estrada, la viuda del comandante Javier Estrada, forja su propia leyenda de escándalo y vergüenza y reparte la limosna de su sexo entre los indigentes y los marginados, pero en el fondo su incansable búsqueda resulta a la postre infructuosa y su única recompensa, al cabo, será la muerte.

“Por unos momentos perdía de vista la diferencia entre la caridad de su dinero y la caridad de su cuerpo, y se imaginaba unida por los lazos de la carne a esos necesitados, pobres de espíritu, solitarios o padres de familia hastiados de la miseria, sin otro horizonte que el mostrador de una taberna”, escribe Pedro García Montalvo para justificar el despropósito de una conducta, cuya primera causa es la insatisfacción, el vértigo de la soledad. En realidad, Luisa Estrada está realizando una huida hacia delante, un descenso a las alturas del espíritu, en una suerte de mística de la carne, que es asimismo un símbolo del sacrificio, de la pasión y de la muerte.

Pedro García Montalvo aproxima peligrosamente el alma angélica de Luisa a las fronteras de un ámbito entenebrecido, en un juego insólito de contrastes, donde la belleza resalta entre los despojos de una ciudad empobrecida. El fondo de ruina moral es el inevitable contrapunto de la sublime inocencia con que Luisa Estrada asume su misión redentora. Su afán no será tolerado por aquellos que rigen las normas sociales de la ciudad.

El misterio de Luisa Estrada es el misterio de una conciencia libre que ha resuelto imponer su voluntad a costa incluso de su buen nombre. “La caridad física otorgada era como un espejo en el que hubiera encontrado su propio ser, el único acto que se le parecía íntimamente”. El talante ocioso y la condición burguesa de la mujer que se encuentra sola, extraña en una clase social a la que no pertenece y que tampoco la acepta precipitan la inquietud de su ánimo y el desorden previsible de sus actos de caridad.

La imagen de Luisa Estrada llevando “el viático inestimable y oscuro del placer” por las calles de Madrid es la clave poética de un turbio asunto sentimental y el enigma de una conciencia controvertida y prolija, que el novelista Pedro García Montalvo examina en profundidad como si nos mostrara el interior atormentado de un alma pura. El relato no es otra cosa que el propio viaje de Luisa desde el espacio secreto y solitario de su corazón hasta las calles recónditas y entrañables de su niñez, a la búsqueda de un pretexto para que su entrega, el valioso donativo de su piedad carnal quede en efecto justificado.

Para Luisa “lo único auténticamente sórdido de la vida era la tibieza, la ausencia de pasión”. Aunque el ejercicio libre de su “pasión” la condene a la repulsa general y a la muerte, la mujer no cejará en su empeño, casi trágico, de darse a los demás, en el más ajustado sentido de la palabra, como una Santa Nefija, sabiendo en cada momento que su misión salvadora no puede ser reprochable, porque su objeto es el remedio de los más necesitados y su alcance se limita a los menesterosos, a los pobres de espíritu y de cuerpo.



Luisa Estrada se erige, pues, en santa redentora, enviada de un dios clemente y magnánimo para apagar los fuegos de la carne y apaciguar el tormento de la soledad. Los más pobres tienen en ella a una valedora, a un ángel compasivo. El trasfondo bíblico de la fábula resulta evidente y las palabras del filósofo romano Ciorán adecuadas: "Hay que ir más allá y reconocer que en la degradación hay misterio". El envilecimiento progresivo de Luisa Estrada responde a un calculado camino de perfección y su ofrenda carnal es el sacrificio ineludible con el que la mujer pagará su pequeña porción de culpa.

En mitad del camino, entre la confusión y la ceguera mística, Luisa Estrada encuentra a Javier Zaldívar. Para su desgracia el amor resurge de las cenizas, y el hombre entra en la incertidumbre del misterio a tientas, con la torpeza del recién llegado. Aunque Luisa ha dado marcha atrás en su afán misericordioso, la conjura contra la mujer ya está en marcha: "Su suegra, Valentina Estrada, quería prevenirle ante todo de la conjura organizada contra ella por varias personas que se decían indignadas por su conducta inmoral". La tragedia se anuncia inequívoca en los signos del relato. La conspiración es una respuesta, un mecanismo de defensa contra los actos subversivos de Luisa Estrada. Su caridad, que no es de este mundo, del nuevo mundo al que ella pertenece desde su matrimonio con el comandante Estrada, remueve las conciencias incólumes de sus nuevos amigos. Luisa es para ellos ahora un error en el centro de sus propios valores, una excrescencia de su clase pulcra e irreprochable.

Desclasada, sus afanes diarios la conducen a las fronteras de su ámbito original, a los barrios donde abunda la miseria y se ocultan a los ojos respetables los desechos de un tiempo de guerras fratricidas. Empeñada en rescatar de la memoria las imágenes de una edad perdida, Luisa, acompañada a veces de Remedios, recorre los límites permitidos de la ciudad, como si buscara, antes que un espacio degradado, un tiempo irrecuperable, una zona secreta de su particular vacío. Guiada por una idea persistente, casi obsesiva, Luisa descubre un remedio para su soledad en las visitas diarias y una fe renovada en su afán caritativo. Sumida en una mística de la degradación, rebajada a la penosa condición de prostituta, inmersa en una vorágine misericordiosa y desquiciada, Luisa sobrepasa y vulnera con amplitud los confines de la compasión cristiana. Su cuerpo es el objeto sagrado de una nueva herejía, de un credo excesivo y heterodoxo, al que ella se rinde sin reservas.

Pedro García Montalvo ha llevado hasta el límite un argumento clásico y lo ha convertido en materia de reflexión estética. Lo que pasa en la novela, sólo sucede en el interior de una mujer. Todo en su argumento discurre hacia un final anunciado e ineludible. El lector asiste a un proceso narrativo escrupulosamente ponderado, al desarrollo de un mito repleto de múltiples referencias y sentidos varios, que el escritor, maestro de la sugerencia, ha conducido con sutileza hacia un desenlace previsto y trágico. En este libro, que trata sobre las aventuras eróticas de una mujer, no hay curiosamente ni una sola escena erótica, ni una sola referencia sexual. Luisa Estrada consume sus escauceos compasivos en el exterior de la novela, en la ocultación tácita que el lector imagina y que el escritor esconde con destreza, porque ésta no es una novela de sexo, ésta es una novela sobre el espíritu, sobre el desorden del espíritu de una mujer.



En la pasión desbordada de Luisa hallamos un fondo religioso ostensible, un fervor exacerbado y extremo, una devoción ajena a cualquier fe y, sin embargo, próxima al sentimiento cristiano. La piedad de Luisa Estrada, lúbrica y enfermiza, materia de escándalo y motivo suficiente para el martirio, constituye la sublimación manifiesta de una carencia. En la conducta indecorosa y exaltada de la mujer se oculta la sombra de un deseo, la destilación de un alma irreductible cuyo comportamiento responde al estado de zozobra y desaliento en que se halla. La novela es un itinerario moral, un arriesgado viaje del alma y su trama escasa es un pretexto, un juego narrativo que Pedro García Montalvo concibe en torno a un solo personaje: una mujer dispuesta a llevar a cabo una misión en un tiempo oscuro, una heroína movida por un ideal. Al lector se le concede el privilegio de asomarse a las profundidades del alma de Luisa, aunque Montalvo administra toda la información con cautela, como si la clave última se la reservara para él mismo, acaso para otras novelas donde aparecerán de nuevo alguno de sus personajes. El novelista juega la partida con el lector durante toda la obra. Mueve sus fichas con prudencia y deja asomar sus intenciones sólo de vez en cuando; ofrece pistas falsas o magnifica determinados episodios.

Pedro García Montalvo es antes que nada un creador de atmósferas. Sus personajes parecen empujados por una fuerza fatídica hacia un final entrevisto. El lector tiene la certeza de que están condenados de antemano. Son perdedores e idealistas; cruzan los límites de lo permitido y se adentran en las tinieblas del mal, en los confines del infierno. En sus obras la belleza y la virtud coquetean con la deformidad y con el vicio. Luisa Estrada se da a los desharrapados no sólo por caridad, sino también porque en la obra de Montalvo los opuestos se atraen de manera imprudente e inexplicable. La exquisitez y la vileza, el refinamiento y la brutalidad son quizás las dos caras de una misma moneda, el haz y el envés de un universo deteriorado, cuya música de fondo siempre es la Guerra Civil, un decorado moral sobre el que Montalvo erige sus fábulas sin que la precisión histórica o el detalle sociológico sean en absoluto relevantes.

La novela es el naufragio de una mujer que se enfrenta valientemente a las férreas normas de una clase social a la que ella no pertenece en el fondo y en la que no es aceptada. En su condición de prostituta eucarística Luisa descenderá, de nuevo, a los aledaños del origen, a las calles de su infancia, atraída quizás por el mismo impulso turbio que la lleva a ofrecerse al deforme Tomás o al viejo Fermín. La sustancia de la que están hechos los deseos de Luisa es confusa, ambigua, incluso obscena. La extraña mezcla de placer y piedad, de escándalo y sacrificio en que se debate nuestra heroína y su lucha tenaz y anónima la exponen al vituperio general, al desprecio de los que nunca habían tolerado sus orígenes. Luisa Estrada ha sido para ellos una advenediza, y ahora hallan la justificación de su repulsa.

Luisa actúa como una samaritana en el Madrid estraperlista de la posguerra, en un paisaje de tonos clarososcuros, donde todavía se percibe el hálito dramático de la contienda civil, la sombra del miedo y de la barbarie de aquellos años inciertos de la represión. Bien es verdad que no hay apenas datos explícitos, como si la realidad que rodea a la historia estuviese difuminada deliberadamente. Los hechos ocurren en un



clima desventurado, en una ciudad donde reina la penuria y el desasosiego, pero el autor no entra en las causas ni analiza los pormenores sociológicos de este estado de cosas.

Luisa recorre la ciudad de Madrid como si paseara por un espacio lóbrego e infausto, habitado por seres afligidos, cuyo pesar no es, en esencia, físico. Su contrabando carnal la acerca a la miseria de una ciudad vuelta sobre sus propias heridas, aislada en el dolor y a la intemperie de una edad imprecisa, que García Montalvo nos muestra de soslayo, porque sus intereses no son históricos, sino morales y estéticos. Madrid, entonces, es sólo un territorio donde se mueven sus criaturas y acaecen sus fábulas, un territorio mítico que el novelista reconstruye sobre la base de la ciudad real. Pero el Madrid mugriento y refinado de Ángela de Yeste y de Luisa Estrada, la ciudad aristocrática y sus barrios innobles, donde el tiempo es más espeso, detenido en una edad de penumbra, es el Madrid de Pedro García Montalvo, un espacio cualquiera y acaso, un estado del alma y una concepción del ser humano, pero también un paisaje cómodo a sus propósitos narrativos, para el que bien valdrían las palabras de Valle Inclán en "Luces de Bohemia": "La acción, en un Madrid absurdo, brillante y hambriento".

El infortunio de sus personajes procede del propio espíritu, de su penosa situación de hombres humillados y vencidos. Pedro García Montalvo muestra las heridas y omite sus orígenes, nombra la derrota de los hombres como un hecho natural, no sólo como una circunstancia histórica. Ya hemos escrito en alguna parte que García Montalvo no es un novelista histórico. Su Madrid es únicamente un reflejo moral y sentimental de la condición humana, incluso del alma humana. Sus personajes son, de alguna manera, ese Madrid que él retrata como si en realidad existiese, pero al lector avezado no se le oculta que el novelista no está refiriéndose a un espacio o a un tiempo determinados, antes bien su espacio y su tiempo residen en el corazón inconsolable de sus propios personajes.

Luisa Estrada se da en cuerpo y alma a los menesterosos; y con esto pretende la salvación, el retorno al paraíso de la infancia. Luisa Estrada busca la infancia para llenar un hueco íntimo, un vacío del corazón. Su afán es compasivo y sus maneras misericordiosas. Ella misma es el pastor que cuida de sus ovejas y les ofrece el alimento y el consuelo del cuerpo. Llegada de algún lugar ajeno al mundo, Luisa concibe su vida como una permanente inmolación, como si su deber en la tierra fuese el de socorrer a los más necesitados.

Pedro García Montalvo envía a Luisa Estrada al Madrid taciturno de la posguerra, para que su pasión y su muerte nos libere de la aflicción perenne, del error perpetuo de haber nacido. Tomás, Juan y Fermín, los hombres que disfrutaban de la beneficencia carnal de Luisa, son en alguna medida todos los hombres, el género humano en su totalidad, y por lo tanto nos representan. Para ellos, que viven postrados y son la escoria del mundo, es el supremo favor del cuerpo de Luisa, sacralizado en la sublime ceremonia de la entrega, semejante a la celebración de una liturgia herética y lasciva. Luisa lleva "el viático del placer" por las calles de Madrid, y esa imagen redentora y singular resume, al cabo, toda la novela. En ella está cifrado, me parece, el último sentido de esta fábula.



El conflicto acaece cuando regresa de la memoria sentimental de Luisa Estrada Javier Zaldívar, un viejo pretendiente, cuyo recuerdo enardece de nuevo los sentidos de la mujer. La leyenda negra en torno a Luisa ha ido creciendo mientras tanto, y la murmuración y la maledicencia han avivado su oscura aureola de viuda solitaria y jubilosa. Exagerada, la historia de la mujer está en todos los mentideros de la ciudad.

El mayor error de Javier Zaldívar consiste en haber regresado tarde y, como suele suceder, a destiempo. Le llegan inevitablemente en la forma de indicios leves, las primeras noticias acerca de la mujer. Perplejo al principio, y dolido más tarde, el hombre se enfrenta con el horror de la verdad: "Pensó, en todo caso, que Luisa se había entregado a alguna triste forma de satisfacción física, que sólo encontraba ya su cumplimiento en la vecindad de aquellos seres maltrechos y desvalidos".

La perversión de Luisa no estriba tanto en sus devaneos eróticos, como en la frecuentación de seres marginales, con los que mantiene ayuntamientos contra natura. La fábula crece a expensas de la verdad. La imaginación febril de las malas lenguas, a modo de coro griego, cerca y acosa a la mujer hasta el desenlace último de la novela. Luisa Estrada se convierte, de esta forma, en una heroína en la sombra, una mujer al margen de las consideraciones sociales, perseguida por la condena general y, al cabo, denunciada ante los tribunales. Montalvo crea un mito dentro del personaje, una leyenda en el interior de la novela. Este es el mayor logro del novelista, la profundidad argumental de su fábula y la profundidad literaria de sus personajes.

Emparentado en esto con los grandes novelistas del XIX, sobre todo con Tolstoi, Montalvo no desdeña el poso y la influencia de la novela decimonónica. Acepta el anacronismo de sus fuentes literarias y hace suyas aquellas ideas acerca de la novela. Como en "Ana Karenina", también en "Una historia madrileña" asistimos a la pasión de un espíritu femenino que se rebela contra las estructuras sociales de las que forma parte y trata de imponer su voluntad. Luisa y Ana dan su vida por una idea del amor. Ambas defienden una fe irrenunciable con la perseverancia de dos iluminadas. Ambas deben superar la animadversión de los otros, sus continuas asechanzas para llevar a cabo una misión sagrada: la consumación del amor más allá de lo permitido, en el territorio oscuro y frío de la marginalidad.

Luisa Estrada, además, redime con la donación de su cuerpo los pecados de los otros, y los salva de la brutalidad de un tiempo inmisericorde. Cura con su cuerpo el ánimo enfermo de los desposeídos y los devuelve a la vida, como si les hubiese concedido una esperanza. Ella hace posible el improbable encuentro entre dos universos opuestos. Su fe obra el milagro. "Por unos momentos perdía de vista la diferencia entre la caridad de su dinero y la caridad de su cuerpo, y se imaginaba unida por los lazos de la carne a esos necesitados, pobres de espíritu, solitarios o padres de familia hastiados de la miseria, sin otro horizonte que el mostrador de una taberna".

Montalvo crea un personaje femenino y levanta una leyenda a su costa. La magia del novelista consiste en contar menos de lo que en realidad ocurre en el relato, en conseguir que el relato cuente su propia historia. Luisa Estrada es el espectro de un rumor literario, la sombra de una murmuración dentro de la misma novela. Lo que el lector conoce de la mujer no es exactamente lo que el autor cuenta. Luisa es un



producto de la trama novelesca. Esa estampa de prostituta litúrgica es el efecto engañoso de los espejos narrativos. Estoy seguro de que Montalvo no deseó llegar tan lejos nunca, de que su compasión no le hubiese permitido generar la idea que hemos obtenido de la mujer. Los personajes de "Una historia madrileña" se han salido con la suya y nos han contado una historia diferente. Hemos creído en esa historia porque hemos creído antes en sus criaturas, pero todo es, al cabo, un enorme malentendido.

Cuando Javier Zaldívar llega a Madrid, de vuelta de un viaje de años, descubre la imagen del pasado como un sueño que hubiese permanecido inalterable. Luisa Estrada ha enviudado y está, al fin, libre. Los requerimientos del viejo amigo no presentan esta vez obstáculo alguno. El arte de Montalvo gusta de las antítesis y de las simetrías. El reencuentro feliz de los amantes es sólo el preludeo de una tragedia inaplazable.

Javier Zaldívar mata por celos a Luisa Estrada a la salida de misa, y con este acto brutal acaba la novela. Como Ana Karenina o Alonso Quijano, una vez más el amor y la locura han merecido la muerte, y el autor ha dispuesto así las cosas, para que todos los errores converjan en un final necesario, y el culpable expíe sus pecados. Como Ana Karenina o Alonso Quijano, la enormidad de sus faltas no les habría permitido persistir en su empeño, sobrevivir a sus desvaríos, o salir indemnes de su disparatada aventura.

Luisa Estrada paga con su vida las faltas de amor que ha cometido, los despropósitos de una piedad errónea o, al menos, excesiva. Su búsqueda insaciable la ha conducido al escándalo, y el resentimiento social y la murmuración han erigido una leyenda desmesurada, acrecentando la culpa, aun a costa de la verdad. El martirio final, auspiciado por el veneno de los celos, responde a la atmósfera trágica que se nos ha ido anunciando a lo largo de la novela, como una sombra en torno a la heroína, la tenebrosa sombra del fatum vaticinando la tragedia. Luisa muere como una enviada de un dios pagano, para redimir a los hombres del pecado del amor. Su sacrificio es la consecuencia de un extravío. Su búsqueda desafortunada ha resultado, inútil. Su cuerpo, el cuerpo de la misericordia carnal, el viático inestimable y oscuro del placer, ha sido ofrendado a los dioses de la carne, y, desgraciadamente, esta vez no habrá resurrección posible.

